
La percepción de la dimensión del hombre en el Antiguo Testamento

Gustavo Baena, S.J.*

Objetivo y Delimitaciones

El tenor de este trabajo junto con la articulación conceptual y las constataciones históricas que allí se mueven dejan entender desde el principio que su propósito es mostrar una visión ordenada de conjunto en la que no sólo aparece cuál es el rumbo central del Antiguo Testamento, esto es, la dimensión del hombre deseado por Yahveh, sino también la manera procesual como la historia subyacente de ese mismo Antiguo Testamento se hizo a dicha dimensión.

Es oportuno hacer notar que este trabajo no es otra cosa que la descripción global de resultados de to-

da una serie de investigaciones practicadas en forma ordenada y conducente a todo lo largo del Antiguo Testamento.

Los pasos de procedimiento de tales investigaciones podrían limitarse a los siguientes:

a) Un gran propósito de la crítica literaria bíblica de los últimos cien años ha sido la dotación de un buen número de textos inciertos del Antiguo Testamento. Ya este trabajo configura con cierta claridad una estratificación de todo el material literario. Supuesta esta figura de estratificación, se facilitan las posibilidades de practicar algunos sondeos de tipo vertical en los

* Licenciado en Sagrada Escritura; Profesor en la Facultad de Teología, Universidad Javeriana, Bogotá.

momentos, que a todas luces, jalonan la historia de Israel en los tiempos del Antiguo Testamento escrito. Estos momentos no sólo se caracterizan por notables acontecimientos de su historia social y política sino también por nuevos rumbos de mentalidad y por una producción literaria consecuente. De allí entonces que sea posible deducir la concepción subyacente del hombre en cada uno de esos estratos bíblicos, puesto que son coherentes, como es obvio, con sus propios contextos históricos.

He procurado ser cuidadoso en la apreciación de las diversas constataciones y opiniones de la crítica literaria y soy muy consciente de la frecuente fluctuación de los autores en lo que se refiere a la antigüedad de no pocos textos. Sin embargo otro buen número de resultados de la crítica que desembocan, por regla general, en las mismas conclusiones, dan, cada vez más, seguridad de una figura bastante clara de una estratificación de los textos del Antiguo Testamento.

b) Una vez practicados los sondeos de interpretación de textos que son expresión de un determinado rumbo de mentalidad, éste a su vez enteramente ligado a acontecimientos políticos y sociales bien determinados, se pasa a considerar cada uno de estos sondeos como otros tantos puntos alineados en la real historia del Antiguo Testamento. Así las cosas, la concepción del hombre subyacente en cada uno de esos sondeos tendrá que aparecer necesariamente como en un proceso gradual de captación de la dimensión de ese mismo hombre.

c) Un paso posterior de la investigación se refiere al por qué y al modo como en momentos bien caracterizados de la historia y en relación con esos mismos momentos, se dan, de hecho, nuevos rumbos de mentalidad, y en consecuencia, nuevas percepciones de la dimensión del hombre allí implicadas.

Pero cuando decimos que se trata de una nueva dimensión del hombre, no sólo estamos atendiendo a la misma en cuanto tal, sino principalmente a la manera como ella se percibe y se expresa, esto es a la episteme propia de los semitas y más concretamente a la de los autores que producen los textos de la Escritura. Dicho en otros términos, éste tercer paso busca en primer lugar descubrir la forma evolutiva y procesual como va apareciendo la dimensión del hombre al leer linealmente en la historia los resultados de los sondeos a los cuales me he referido más arriba; y en segundo lugar intentar configurar la manera concreta como el acontecer histórico o medio ambiente, en el cual se produce un texto, influye en la concepción del hombre y en la expresión literaria de esa misma concepción. Esto, en consecuencia, no sería otra cosa, como ya lo he dicho, que responder a la pregunta por la episteme o proceder constante y regular de los mecanismos de percepción y expresión de los autores del Antiguo Testamento.

Parecería a primera vista que este trabajo intentara extraer más o menos arbitrariamente del texto del Antiguo Testamento alguna imagen del hombre, o se esforzara por bus-

car datos o elementos dispersos por todas partes a fin de construir de alguna manera una cierta antropología semita, más o menos cercana al rumbo de cosas del Antiguo Testamento. Esto significaría que todo el esfuerzo investigativo estaría orientado hacia uno de los múltiples, variados y posibles contenidos de la Biblia, lo que sería manipular un tanto el material literario para buscar lo que ya de antemano se había determinado encontrar.

Sin embargo la realidad es otra; en efecto, los resultados de los sondeos practicados en los estratos literarios más notables situados a todo lo largo de la historia de Israel en la época del Antiguo Testamento y leídos finalmente en conjunto y en forma lineal, permiten concluir con suficiente claridad, que la verdad central, y en muchos sentidos única, que recorre todo el Antiguo Testamento es la dimensión del hombre deseado por Yahveh.

Pero aquí no se trata de una percepción en función de contenidos abstractos para construir una esencia conceptual de hombre, esto es completamente extraño al mundo de la Biblia; de lo que se trata más bien es de la realización existencial de hombres concretos según la voluntad de Dios en formas prácticas y dentro de un orden político, social y definitivamente comunitario en un tiempo y en un territorio fácilmente al alcance de las ciencias históricas.

Por otra parte, es oportuno hacer notar desde ahora que Israel entiende cómo la misma percepción del

ideal de hombre al cual aspira no lo adquiere, ni por su propia iniciativa, ni por su propia autosuficiencia, sino por el don divino del conocimiento de Dios; más aún, esas posibilidades de ser hombre según la voluntad de Yahveh no llegan a ser efectivas si no es por el impulso inspirador de ese mismo Yahveh desde el interior del hombre israelita.

Supuestas estas aclaraciones y presupuestos el propósito de este trabajo resulta ya bien determinado: A) Descubrir los mecanismos epistemológicos y prácticos que se desatan en la historia de Israel en lo que se refiere a la percepción del hombre ideal deseado por Yahveh (el *cómo* de esta percepción). B) Describir los elementos integrantes de la dimensión del hombre, que van apareciendo sucesivamente en los distintos estratos literarios situados a todo lo largo de la historia de Israel (*Qué* percibe?). C) Algunos principios básicos que se deducen de estos procesos y que iluminan una relectura de nuestro mundo actual.

A) El cómo de esta percepción (Posición y descripción de principios)

Para un lector crítico de la Biblia, la totalidad del hombre que es posible entender progresivamente en el recorrido del Antiguo Testamento, comprendiendo dentro de esa misma totalidad no solo los elementos que la integran, sino las posibilidades de realización, en un orden práctico según la voluntad de Yahveh, son percibidos por auto-

conciencia del hombre mismo del Antiguo Testamento. Por eso esa autoconciencia se convierte en un lugar en donde el israelita no solo siente o experimenta la acción de Dios que lo salva, lo elige y lo crea continuamente, sino algo más, se hace capaz de producir y concretar una percepción del actuar de Dios en él.

Estos tres verbos: Salvar, elegir y crear no son acciones genéricas tomadas al azar atribuidas a Yahveh, sino términos que califican una acción típica y exclusiva de Yahveh y por lo tanto deben ser entendidas, con la debida comprensión teológica que les corresponde, supuestos los lugares originales en donde se encuentran.

Existen, por otra parte, razones fuertes según la crítica, que persuaden no solamente este orden (salvar, elegir, crear) con relación a su fecha de aparición en los distintos extratos literarios, sino algo más, teniendo en cuenta sus contenidos y significados, expresan los tres una gradación de finura y profundidad con respecto al actuar de Yahveh sobre Israel.

Pero aún trascendiendo esos contenidos y significados los tres verbos no son más que expresiones simbólicas de una experiencia, de suyo indescriptible, del actuar real de Dios sobre su criatura, en este caso Israel.

Todavía sería posible ir más a fondo indagando las posibilidades que favorecen de alguna manera esta percepción y luego entrar en for-

ma más directa a los mecanismos internos (epistemológicos) que la identifican y la concretizan.

En efecto, es un hecho que Israel se convirtió en un verdadero especialista, en lo que se refiere a la captación fina del actuar de Dios creador en el cosmos, pero más particularmente en el proceder social y en su propia historia. Ciertamente esta especialidad se vio favorecida por sus condicionamientos propios: Ya sea por su descomplicación cultural como corresponde a sus antecedentes primitivos en su calidad de nómadas o seminómadas expuestos a todo y sufridos, que tienen que pagar a cualquier precio, inclusive la esclavitud, las posibilidades de un asentamiento estable sobre un terreno más acogedor; ya sea por el nexo tan esencial entre el sentido de su fe religiosa y el duro acontecer cotidiano, o en términos más precisos, por el nexo tan profundo entre el actuar de Dios, que percibe desde muy temprano y sus propios intereses vitales.

Pero penetrando ya en forma más clara sobre el modo de esta percepción podríamos preguntarnos: ¿Cómo el hombre israelita es capaz de experimentar y captar distintamente la acción de Dios? ¿Cuáles son los mecanismos internos que él desata para discernir el toque de Dios creador? ¿Cuáles serían, entonces, los criterios que juegan en un tal discernimiento?

Quien haya seguido en detalle, por una parte, la historia de Israel desde sus posibles orígenes sin descuidar no pocos elementos de sus

antecedentes nómadas y los haya releído con el ánimo de alcanzar contenidos implícitos y por otra parte considera los fondos históricos sobre todo de los primeros estratos de la Biblia como testigos y expresión de las tomas de conciencia de ese pueblo, verá cómo se va dando un proceso de canonización, ya sea de sus justas aspiraciones o bien de las intencionalidades profundas y constantes en el sentido de entenderlas como voluntad de Yahveh sobre ellos; más aún, justas y apremiantes aspiraciones, tales como el deseo de poseer la tierra de Canaán, convertido en realidad por medio de estratagemas de toda índole, incluyendo campañas militares, no sólo eran entendidas como voluntad de Yahveh, sino que además eran actuadas y llevadas a cabo por El mismo.

Esto significa obviamente que el israelita está entendiendo sus aspiraciones vitales, en cuanto tales, como la voluntad concreta de Dios y también como su actuar en ellos, es decir, aspiraciones vitales de Israel y aspiraciones de Dios en su tarea continua por crearlo son una misma cosa; aspiraciones vitales de Israel y voluntad de Dios se identifican.

De igual manera fueron entendidas otras tendencias profundas y originales de su propio devenir histórico desde sus principios, tales como la búsqueda de unidad social de sus grupos y clanes, la posesión autónoma de sus territorios tribales, la solidaridad entre los grupos, etc.; en efecto, tales tendencias fueron largamente constatadas y

afanosamente exigidas y finalmente protegidas por una legislación canonizada como divina, lo cual quiere decir que son comprendidas como voluntad misma de Yahveh y como la concretización de su actuar el interior de la historia de Israel. Nuevamente, pues, se ve cómo voluntad de Dios y tendencias profundas del devenir histórico de Israel se identifican como un mismo acontecer; es, en suma, el acontecer mismo de Yahveh haciéndose histórico en el hombre.

En consecuencia, el hombre israelita capta el actuar de Yahveh por experiencia y toma conciencia de él en la percepción misma de sus justas aspiraciones y del correr de sus propias tendencias históricas y se hace capaz de discernir de manera distinta ese mismo actuar en la medida en que sus aspiraciones y sus tendencias conduzcan, según su sentir, a la realización del pueblo ideal de Dios.

Pero existe todavía algo que parece comprender y unificar todas las justas aspiraciones y todas las tendencias limpias del hombre israelita, es la aspiración y al mismo tiempo tendencia por ser su propia mismidad y esto constituye, en consecuencia, el más adecuado punto de referencia y el criterio más privilegiado para encontrar el propósito de Dios con su pueblo, es decir, la dimensión de la obra misma que se va revelando en la medida en que Israel va tomando conciencia del actuar de Yahveh que continuamente lo está tocando con su acción creadora.

Este cúmulo de esfuerzos que desencadena Israel para llegar a ser su propia mismidad no es otra cosa que ser él mismo, ser efectivamente todo lo que se es o se posee, poner en juego coherentemente los dinamismos que se producen en el interior de él mismo.

Pero lo que ahora se buscaría entender más claramente sería la relación que existe entre la aspiración y tendencia de Israel por ser su propia mismidad y la voluntad que sobre él tiene Yahveh.

El hombre israelita, aún desde los tiempos de David y Salomón, por una parte, estaba ciertamente tocado culturalmente, ante todo, por la Sapiencial egipcia⁽¹⁾ ya tan cargada de la acción de lo divino que satura el cosmos⁽²⁾, y por otra parte, había llegado a una fe muy adulta en Yahveh, cuya acción salvífica había experimentado principalmente en las grandes emergencias de su pasado: En la salida de Egipto, en la amarga estadía en el desierto, en las penosas luchas sostenidas por la libre posesión de la tierra de Canaán, en la continua eliminación de obstáculos de toda clase, que entorpecían la ansiada unidad nacional y en fin, en su vida cotidiana. Pero todo ésto encerraba para él un doble significado: El cosmos y más particularmente su propia historia están saturados de la presencia activa de Yahveh y esa misma historia, co-

mandada por el mismo Yahveh, es la resultante concreta del conjunto de aspiraciones y tendencias por ser él mismo. Por eso, entonces, la relación, que existe, según su conciencia, entre la aspiración y tendencia por ser él mismo de un lado, y el actuar de Yahveh y su voluntad, por otro, es claramente una relación de identidad. De allí entonces por qué la aspiración y la tendencia limpias por ser su propia mismidad, son el criterio privilegiado para discernir el propósito de Yahveh con Israel. No habrá, en consecuencia, criterio más válido para discernir la verdad que cuando el criterio es la misma verdad en cuanto que acontece limpia y realmente y se vuelve evidente. En otros términos, no habrá criterio más directo para discernir el querer y el actuar de Dios, que ese mismo querer y actuar de Dios sucediendo libremente en el hombre, es decir, en la historia.

El texto del Antiguo Testamento como testimonio cualificado de la historia de Israel muestra cómo esa búsqueda de mismidad, no es de una sola época, ni de una vez por todas, sino todo un dinamismo de Israel que se va abriendo paso por una serie prolongada de sucesivas tomas de conciencia ante circunstancias vitales cambiantes y particularmente frente a los temores y a las ansiedades por situaciones de emergencia de toda índole.

(1) A. ALT, *Die Weisheit Salomos* (1951) Kleine Schriften II, München, 1953, pp. 90ss.; G. von RAD, *Israël et la Sagesse*, Genève, 1970, passim; R.B.Y. SCOTT, *Solomon and the beginnings of wisdom in Israel*, VTS 3 (1955) 262-279.

(2) S. MORENZ, *La Religion Egyptienne*, París, 1962, passim; H. H. SCHMID, *Wesen und Geschichte der Weisheit. Eine Untersuchung zur altorientalischen und israelitischen Weisheitsliteratur*, Berlin, 1966, BZAW 101, pp. 17-84.

Era justamente lo propio de la función profética, como interpretación y anuncio de la voluntad de Yahveh sobre su pueblo, activar este dinamismo y precisar las tomas de conciencia junto con los contenidos y conductas que materializaban lo que tenía que hacer Israel para ser él mismo. No es difícil, por eso, encontrar en el texto del Antiguo Testamento, todo él entendido en función profética, es decir, como interpretación y anuncio del querer y del actuar de Dios, una serie de elementos explícitos unos e implícitos otros que propician, concretan e integran el deber ser en cada momento de la historia por medio de una toma de conciencia autorizada y luego canonizada. Estos elementos son precisamente o exigencias necesarias y favorables, o bien, logros en los cuales desembocan, cada vez, las aspiraciones y tendencias por ser la propia mismidad. Tales elementos podrían reducirse a los siguientes:

a) El hombre israelita tiene conciencia muy clara no solo de la mutabilidad de las circunstancias sociales y cósmicas sino de la transitoriedad de las mismas, por eso su búsqueda de identidad implica necesariamente habituarse a una *apertura real y práctica* frente a todos los cambios y al mismo tiempo a una finura en la captación del sentido de los mismos.

b) El esfuerzo por aterrizar sus aspiraciones y tendencias profundas tales como la unidad, la libertad y la autonomía sobre su territorio como espacio indispensable para ser ellos mismos, según su fe y sus cos-

tumbres ancestrales, hacen saltar mecanismos de *autocomprensión, creatividad y proceder político*, a fin de sentirse debidamente situados.

c) Pero Israel en esta búsqueda de identidad y por tanto de configuración precisa de su dimensión ideal, descubre no solo *elementos internos* al hombre mismo, sino que también toma conciencia de que no podría ser él mismo realmente, si no dispusiera de *elementos externos* a modo de ecología compleja que implique un orden cósmico que le debe pertenecer por derecho y un orden social en donde sus tendencias fundamentales resulten intencionalmente favorecidas y adecuadamente situadas y relacionadas.

d) Mirada en su conjunto y linealmente esta serie de sucesivas tomas de conciencia para ser en cada momento, ellos mismos conforme a la voluntad de Yahveh, se entendería, cómo gran número de elementos hallados en épocas diferentes, se fueron *acumulando* para engrosar y a la vez clarificar la figura ideal de su identidad.

e) Finalmente cuando esos distintos elementos hallados se pusieron en peligro, o se perdieron por situaciones adversas o simplemente nunca se alcanzaron, entonces pasaron a ser luego esperanza segura en cuanto *promesas* de Yahveh en favor de Israel.

Al llegar a esta altura parece que algo ya resulta suficientemente concluyente: El dinamismo que Israel pone en marcha para concretar en

cada momento su propia identidad, según la voluntad de Dios, resulta, al mismo tiempo, configurando, de una manera progresiva y acumulativa, los elementos integrantes de la dimensión del hombre deseado por Yahveh.

B) ¿Qué percibe? (Algunas constataciones en el Antiguo Testamento)

La primera parte quizás pueda dar la impresión de ser una disgresión subjetiva o amañada ya que lo intencionalmente pretendido allí no era otra cosa que una descripción sistemática y a nivel de principios del modo como Israel percibe su propia dimensión según la voluntad de Yahveh a todo lo largo del Antiguo Testamento (A). Pero habría sido mejor comprendido y más fundamentado si se tuvieran a la vista ya las etapas de esa percepción y sus contenidos, lo que constituye precisamente la temática de esta segunda parte (B). Sin embargo, he preferido exponer en segundo lugar el "¿Qué percibe?" por razones prácticas, ya que la dimensión del hombre constituye el objeto central buscado por las Escrituras y el propósito de este trabajo es poner de manifiesto esta dimensión y sus criterios de percepción con el fin de iluminar el discernimiento de la dimensión del hombre exigida por nuestro medio.

Me propongo, pues, en esta segunda parte exponer una serie de constataciones a todo lo largo del Antiguo Testamento, que son a su vez el resultado de sondeos investigativos practicados en los estratos literarios más significativos y en el orden cronológico, que a mi parecer es más seguro.

Cuando se afirma que determinada concepción del hombre es propia de tal estrato literario y éste a su vez enmarcado en una época precisa, no necesariamente se pretende afirmar que es exactamente en esa época, cuando se empieza a tener una tal concepción o se ventila tal elemento, sino que es allí donde esa concepción o elemento tiene una mayor acogida y es por consiguiente expresada con mayor amplitud.

1. Nunca ha sido seriamente negado el hecho del origen nómada o seminómada de los grupos que más tarde se llamarán "Israel"; eran arameos, que probablemente penetraron, hacia principios del siglo XIV a.C. (3), a Canaán y regiones cercanas, con una finalidad obvia, búsqueda de pastos para sus ganados y tierras que ofrecieran un régimen de vida estable.

Los estratos literarios más antiguos del Génesis y del Exodo principalmente que recogen tradiciones de los grupos patriarcales así como

(3) HANS JURGEN ZOBEL, *Stammesspruch und Geschichte. Die Angaben der Stammessprüche von Gn. 49, Dtn 33 und Jdc. 5 über die praktischen und kultischen Zustände im damaligen "Israel"*, Berlin 1965 BZAW 95 pp. 127ss. et passim; S. HERRMANN, *Historia de Israel en la época del Antiguo Testamento*, Salamanca, 1979, pp. 61-169.

el de Moisés, todos ellos en vías muy directas y cercanas hacia la sedentarización, dejan comprender las aspiraciones y tendencias básicas de estos grupos: Las amarguras, inseguridades e incertidumbres de la vida nómada habrían hecho saltar una añorada aspiración, una tierra con libre autodeterminación, soporte irremplazable de las más elementales condiciones de vida y a la vez espacio necesario que proteja su libertad para no ser obligados a situaciones de esclavitud, ni sean obstaculizados para poner en funcionamiento los elementos integrantes de su propia identidad, tales como su culto religioso, su lengua, su régimen interno con sus instituciones, sus defensas, etc..

Cuando estos mismos grupos fueron penetrados por la fe en Yahveh, todas estas aspiraciones se convirtieron en voluntad del mismo Yahveh, Dios, no ya aferrado al lugar propio de su santuario, sino elector libre de estos grupos y salvador en sus momentos de emergencia e incansablemente comprometido con todo su destino. Que todas estas aspiraciones fueran entendidas como la causa de la cual se ocupaba Yahveh y por lo tanto su voluntad, significaba que pertenecían, por derecho divino, al hombre israelita. Ahora bien, tener derecho divino a una tierra que pertenecía a Yahveh⁽⁴⁾ como soporte y espacio insustituible de su

propia identidad no puede ser otra cosa que una toma de conciencia clara sobre la pertenencia de este derecho al conjunto de elementos que integran la dimensión del hombre israelita.

Todavía más, esta voluntad de Yahveh percibida como derecho divino pasa a ser abierta y masivamente canonizada como la promesa (la tierra), seguramente la más fundamental, de Yahveh en favor de Israel, tal como se puede constatar en todos los estratos no sólo del Pentateuco sino de todo el Antiguo Testamento.

2. Existe aún un campo, ya al parecer suficientemente explorado, en donde es posible descubrir con cierta seductora nitidez una figura ideal del hombre israelita. Se encuentra principalmente en la literatura bíblica del siglo X⁽⁵⁾. Se trata aquí de los estratos literarios más antiguos del Génesis, Exodo, Josué, Jueces, Samuel y primeros capítulos de Reyes; agréguese además algunas colecciones del Libro de los Proverbios como los caps 10-22. En este material literario, las atractivas y sorprendentes historias del viejo Israel, sobre sus grandes personajes, como Abraham, Jacob, José, David, Moisés, reflejan, más el ideal del ser humano de su época, que el propósito de hacer una sim-

(4) GERHARD VON RAD, *El problema morfogenético del Hexateuco* (1938), Estudios sobre el Antiguo Testamento, Salamanca, 1976 pp. 46ss.; *Tierra prometida y tierra de Yahveh en el Hexateuco* (1943) ib. pp. 81ss.

(5) HANNELIS SCHULTE, *Die Entstehung der Geschichtsschreibung im alten Israel*, Berlin 1972, BZAW 128 pp. 215s.

ple historria biográfica⁽⁶⁾. Quien lea cuidadosamente las características del proceder ideal del hombre, seguramente dispersas o atomizadas, sobre todo en el Libro de los Proverbios, es posible que las identifique y ya unificadas coherentemente en las figuras narradas de estos grandes personajes.

Quizás se podría objetar que la excepcional magnitud con que se describen estas figuras sería una señal intencionada no de un ideal común de todo israelita, sino de la exclusividad de estos personajes. Sin embargo, en la historia de Israel es constatable, aún otro fenómeno, que podría describirse así: El ideal de ser humano que parece ser exclusivo de determinados personajes o de una élite o estamento, se fue democratizando hasta convertirse en ideal común a todo el pueblo; así ocurrió con la formación dada a los responsables del gobierno, en la época de Salomón⁽⁷⁾, formación típicamente sapiencial como se hacía también en Egipto y para los mismos fines⁽⁸⁾. Este fenómeno de democratización se observa en la época de Josías, en la comunidad postexílica y en fin, en la comuni-

dad escatológica sacerdotal de Qumram.

En consecuencia, al considerar el talante, las condiciones humanas en la vida cotidiana, así como el interés comunitario que impulsaba a estos personajes, lo que se estaba configurando era la concepción, en términos prácticos, de la antropología que el hombre israelita interpretaba como deseada por Yahveh.

3. Las fórmulas de retribución, tanto las de bendición como las de maldición, cuyo empleo masivo corresponde al Deuteronomio y a la literatura bíblica de su influencia, enumeran como objeto condicionado, en primer lugar, la tierra (de Canaán) y luego otros elementos, como larga vida, prosperidad, éxitos sin sombras de maldición por pestes, guerras, enfermedades y calamidades cósmicas, muchos hijos, respeto a las personas y a los bienes entre los hijos de Israel⁽⁹⁾. Estos mismos elementos objeto de petición en las plegarias y clamor del pueblo, que se recogían en el Libro de los Salmos o se intercalaban por todas partes en los libros del Antiguo Tes-

(6) G. von RAD, *La Historia de José y la antigua hokma* (1953), Estudios sobre el Antiguo Testamento, Salamanca, 1976, pp. 255-262; *Israel et la Sagesse*, Genève, 1970; E.W. HEATON, *Solomon's New Men, The emergence of ancient Israel as a national State*, London 1974, pp. 101-161; M. WEINFELD, *Deuteronomy and the deuteronomical school*, Oxford, 1972, pp. 244-260; L. RUPPERT, *Die Josepherzählung der Genesis, Ein Beitrag zur Theologie der Pentateuchquelle*, München, 1965, pp. 208-231.

(7) N. W. PORTEOUS, *Royal Wisdom*, VTS 3 (1955) pp. 249-253; G. Von RAD, *Der heilige Krieg im alten Israel*, Göttingen, 1965, pp. 39-43.

(8) F. DAUMAS, *La civilisation de l'Egypte pharaonique*, París, 1967, pp. 381-385; A. ERMANN, *La civilisation Egyptienne*, París, 1952, pp. 135-151.

(9) Las fórmulas encontradas son 517 distribuidas en todo el A.T. hebraico. Por lo que se refiere al Libro de los Reyes véase G. BAENA, *El Carácter literario de II R 17, 13.35-39*, Est. Bibl. 33 (1974) pp. 157ss.; M. WEINFELD, o.c. pp. 307-316.

tamento, eran la expresión de sus más hondas y apremiantes aspiraciones.

Ahora bien, estos elementos o son pedidos por quienes tienen la convicción de que son graciosamente regalables o porque expresamente son ofrecidos por iniciativa del mismo Dios; pero en uno o en otro caso son entendidos como elementos integrantes de la dimensión del hombre, una vez reconocida la incondicional pertenencia del israelita a Yahveh. Téngase, además, presente que el ámbito donde funciona la realización de todas estas promesas es el de la condición terrena, es decir, se trata de una dimensión del hombre todavía considerado como una totalidad que solo llega hasta la muerte biológica. Más aún, Israel no sólo es consciente de la buena voluntad de Yahveh para concederle tales bienes, sino que cuenta con la insistente promesa acerca de los mismos, pero ya apoyada sobre el aval solemne, absoluto e incondicional de la fidelidad de Yahveh.

4. A más tardar, en la segunda mitad del siglo VII a.C. la monarquía, que había sido establecida como un hecho político por David y había sido aceptada, a pesar de fundadas sospechas, en razón de los raros méritos y carismas del mismo David, vino finalmente a ser acogi-

da sin reservas como una institución divina, principalmente durante el reinado de Josías.

Bajo éste monarca, entendido por el deuteronomismo preexílico como un nuevo David, se logró, luego de experiencias e intentos, tipificar un orden salvífico concreto ⁽¹⁰⁾, es decir, un orden de cosas en el cual el toque de Yahveh salvador era claramente experimentado por todo israelita. Tal orden de cosas era la monarquía misma como obra directa de Yahveh, en la cual, por medio del mecanismo de un culto más secular ⁽¹¹⁾, único y centralizado y además apoyado y urgido por una legislación conducente ⁽¹²⁾, llegaba a obtener el que todos los israelitas, sintiéndose verdaderamente hermanos, podrían participar, con igualdad de derechos, de la tierra y de todos los bienes de la tierra.

El establecimiento de este orden de cosas en un estado monárquico, sirviéndose de los mismos mecanismos del estado, tales como las instituciones y el poder, en cuanto instrumentos para hacer efectivo este mismo orden, suponía ciertamente una larga mentalización elaborada conjuntamente por la función de los Profetas y la Mentalidad Sapiencial, fomentada en algunos medios e institucionalizada en las escuelas ⁽¹³⁾. Esta mentalización de-

(10) G. von RAD, *El Pueblo de Dios en el Deuteronomio*, 1929, Estudios sobre el Antiguo Testamento, Salamanca, 1976, pp. 339.

(11) M. WEINFELD, o.c. pp. 191-243.

(12) M. WEINFELD, o.c. pp. 282ss. pasim.

(13) G. von RAD, *Israel et la Sagesse*, Geneve, 1970 pp. 23ss.; E.W. HEATON, o.c. pp. 101-16.

sató y llevó a efecto una toma de conciencia de comunión responsable con la pobreza y debilidad de los hermanos más desprotegidos y una efectiva participación de bienes y servicios.

La monarquía así entendida como un nuevo orden social, secular y político, era la institucionalización de la voluntad misma de Yahveh sobre Israel y en cuanto realidad concreta tipificaba lo que debería ser el "Pueblo de Dios"; es decir, pueblo en donde Dios acontece históricamente, cuando cada israelita ha de ser presencia activa de Dios para su hermano.

Esta toma de conciencia de Israel, que en un momento dado aterrizó, quizás por primera vez un orden salvífico real, puso ya de relieve definitivamente, como elemento integrante de la dimensión humana, que ese mismo hombre fuera conscientemente presencia activa de Dios para su hermano, es decir, que es propio de la mismidad de un miembro del pueblo de Dios, que sea realmente hermano con su hermano más débil, lo que ya está implicando que este "ser hermano" se convierte en elemento constitutivo del "ser hombre" deseado por Dios. Si pues, no se puede ser "ser humano" sin ser "ser hermano" realmente, quiere decir que no se puede ser uno mismo, o su propia mismidad, sin el otro, sin el hermano.

5. La muerte sorpresiva y trágica de Josías (II R 23, 28-30) marcó el fin de esa experiencia concreta de salvación en historia y fue al mismo tiempo el principio de una decadencia tan vertical que en poco tiempo

culminó con el derrumbamiento definitivo del estado monárquico. Fue de capital importancia la actividad profética de Jeremías en estos años oscuros no solo para evitar una apostasía en masa, sino para reinterpretar la fe en Yahveh en las nuevas circunstancias.

El ya tipificado orden salvífico desapareció como experiencia actual en la historia, pero se conservó como elemento ya adquirido perteneciente a la dimensión del hombre israelita y siguió sirviendo, además, como criterio para discernir posteriores intentos de orden salvífico en historia.

El dinamismo de la fe de Israel siempre asentado sobre la conciencia de la fidelidad absoluta e incondicional de Yahveh con ellos y anunciado con eficacia durante estos años, sobre todo, por Jeremías y Ezequiel, convirtió, ese tipificado orden de salvación en historia, en promesa segura y graciosa de Yahveh y en esperanza (mesiánica).

Ni el tiempo del destierro en Babilonia, ni la época posterior fueron entendidas por Israel como salvación en historia según el criterio anterior. La comunidad postexílica o el judaísmo era en principio un estado de no salvación en historia y por eso meramente provisional; su finalidad era institucionalizar, en la única forma posible en ese momento de dependencia del imperio persa a saber, como comunidad sacerdotal, la esperanza con relación a un estado de salvación en historia, conforme a la tipificación lograda en la época de Josías, es decir, un estado monárquico según los buenos

tiempos del rey ungido (mesías), David, pero como fueron entendidos y vividos en la época en Josías.

6. Si nos guiamos por el testimonio del libro de Job y de Qohelet, nos situamos en las cercanías del siglo IV a.C. y nos hacemos a una interpretación de la comunidad Judía en estos momentos. A esta altura, el judaísmo ya ha experimentado duramente una larga espera de salvación real en historia. Por otra parte, en esta época, las posibilidades de poseer autónomamente la tierra de Palestina, como soporte esencial de un estado monárquico, al estilo de un mesías como David, eran muy lejanas, dando el enorme afianzamiento y extensión del imperio persa. Lo obvio era que la comunidad creada para institucionalizar la santidad de tipo sacerdotal en función de una espera del cumplimiento de una promesa de Yahveh, la esperanza mesiánica, ante estas coyunturas políticas, sufriera deterioros, desánimos, incertidumbres y hasta escepticismos. Este era precisamente el plano subyacente histórico de estos libros. Allí flota ampliamente, cómo una de las mayores crisis provocadas por esta situación, la padeció uno de los dogmas centrales de la fe, la doctrina de la retribución⁽¹⁴⁾. Este dogma se vió seriamente cuestionado por la misma experiencia cotidiana; en efecto, supuesta la fidelidad a Yahveh ya institucionalizada en la comunidad de santidad, lo conducente habría sido la bonanza del pueblo, es decir, estar en posesión de todos los elementos logrados como integrantes de la dimensión

del hombre israelita en las épocas anteriores, sin embargo, la realidad estaba diciendo todo lo contrario.

En estos libros de Job y Qohelet, el marcado realismo judío deja al menos una sospecha acerca de si la dimensión humana está solamente centrada en un espacio terreno limitado por una muerte biológica que le es tan terrible e incierta y si los elementos de la felicidad terrena pueden ser los constitutivos únicos de la dimensión humana, precisamente cuando está de por medio el problema de la imposibilidad para alcanzarlos.

7. El cuestionamiento del dogma de la retribución tuvo efectos positivos al llegar a una crisis todavía mayor, cuando la dominación seléucida, bajo Antíoco IV (175-164), llevó hasta el extremo la estrechez de la vida de fe de la comunidad judía; desató una persecución (167-164) armada quedando muchos muertos en el campo de batalla, no sólo jóvenes, sino también mártires por la causa de Yahveh.

El libro de Daniel y el 2 de Los Macabeos, escritos en tiempos muy cercanos a estos hechos, ofrecen una solución a la crisis de interpretación del dogma de la retribución. El punto central sobre el cual se situaba la crisis del dogma era la fidelidad de Yahveh, que aunque no se negaba ni se dudaba, sí quedaba, al menos, bajo una nube de silencio o de simple oscuridad. Ahora Daniel y 2 Macabeos sacan del silencio el poder salvífico de Yahveh, dejando en plena claridad la fide-

(14) H.H. SCHMID, o.c. pp. 173-196.

dad prometida a su pueblo. Yahveh abrirá un boquete a la barrera de la muerte biológica, por una resurrección, ya individual de los muertos (Dn 12,2 y 2 Mac 7). Esta resurrección no sería sin embargo para vivir de un modo diferente la vida experimentada ya antes de la muerte biológica, tendría sí los elementos constitutivos de la dimensión del hombre israelita, que había logrado descubrir como voluntad de Yahveh en épocas anteriores; sería, pues, una resurrección para una existencia terrena y por lo tanto, sometida a las contingencias de la terreneidad, pero que sólo tendría lugar cuando llegase la soñada época mesiánica o escatológica, que vendría como consecuencia de la independencia política de Israel.

8. La dominación romana en Palestina iniciada por Pompeyo en el año 63 fue un duro golpe para las esperanzas mesiánicas del pueblo judío, sobre todo si se tienen en cuenta los logros, aunque ambigüos, de la dinastía Asmonea, en lo que se refiere a la autonomía política sobre el territorio de Palestina. A este duro golpe debe agregarse una larga experiencia de sucesivas dominaciones de grandes potencias imperiales sobre el pueblo de Israel durante casi toda su historia: Egipto, Asiria, Babilonia, Persia, Grecia y ahora Roma.

Todos estos hechos acumulados y leídos con algún realismo, debieron disuadir a no pocos judíos de seguir pensando en las posibilidades de un reino mesiánico de tipo político sobre el suelo de Palestina. En efecto, la palabra interpretativa del sentido de estos hechos venía

ahora de Judíos de Alejandría y su testimonio es el libro de la Sabiduría, escrito en las cercanías del año 50 a.C.

En este libro se vuelve a recurrir a una vieja reflexión que se hacía en la época preexílica a propósito de la tribu de Leví. Cuando era bien difundida en el antiguo Israel la tradición, según la cual, Leví había perdido su territorio que lo identificaba como tribu (Jo 14, 3-4), pero había continuado prestando servicios sacerdotales en las instituciones sacrales de su pueblo, y cuando su despojo fue provisto por la largueza de sus hermanos, entonces, sobre todo, la mentalidad deuteronómica interpretó, ya teológicamente, este despojo explicando que no tienen tierra en herencia y deben ser socorridos con misericordia, porque su herencia es Yahveh y su sacerdocio (Nu 18, 20-21; Dt 10; 9; 18, 1-2; Jo 18,7).

En el libro de la Sabiduría los desposeídos son los justos y su herencia es Dios (2, 22; 3, 14; 5, 15), su vida está en manos de Dios (3,1) y se identifica con la misma vida de Dios, por eso son inmortales. Es evidente que estos justos son los fieles de Yahveh, es decir, los hijos de Israel que no apostataron de su fe, a pesar de la pérdida de su tierra y de la dispersión por todos los rincones del imperio. Así se abrió la puerta a una nueva percepción, y ya definitiva, de la dimensión del hombre, era el mesianismo, pero celeste, o sea la identidad de vida con Dios, la inmortalidad como un don que entra a engrosar la magnitud del hombre según el propósito de Dios (2, 23).

Es muy probable que en este logro de percepción hubiera influido la concepción antropológica de Platón, sin embargo, según el libro de la Sabiduría, el hombre no es inmortal por naturaleza, como sí lo sería en la concepción platónica, sino por don gratuito de Dios, esto quiere decir, que si el hombre por su mal proceder rechaza este don, se vuelve mortal y ya por obra de sus propias manos.

9. A esta altura nos encontramos ya con una cierta figura de la totalidad del hombre según la concepción del Antiguo Testamento, es decir, una dimensión que se fue integrando con nuevos elementos, producto a su vez de sucesivas tomas de conciencia por circunstancias vitales de determinados momentos históricos.

Pero el hombre israelita no percibe esos elementos, como hemos visto, por medio de un proceso de razonamiento abstracto, sino que los recogió de su experiencia vivida, es decir, que captó lo que de hecho ya estaba sucediendo en él y lo captó consciente y distintamente como efecto del actuar concreto de Dios en él.

Volviendo una mirada hacia los orígenes de Israel y deslizándola luego a todo lo largo de su historia, es posible constatar que la dimensión del hombre y su captación ocurrieron siempre en un ámbito de solidaridad que desembocó en una serie de instituciones comunitarias sucesivas que favorecían ese denso sentido de solidaridad cada vez más fino: Agrupaciones tribales solidariamente compactas en su interés

por poseer o conservar un territorio autónomo, como fue el caso de los grupos patriarcales y el de Moisés; luego federación de tribus para luchar por alguna causa común y ya sólidamente cimentados en la fe en Yahveh, así sucedió con la federación de tribus del Tabor (Ju 4 y 5) o con la lucha contra los filisteos (I S) o la guerra contra Benjamín (Ju 19-21); más tarde la unidad nacional en un estado monárquico claramente tipificado con David y Josías, según la Historia deuteronomista y finalmente la comunidad postexílica de tipo sacerdotal.

En suma la tendencia tan marcada de solidaridad que se concretó en sucesivas instituciones comunitarias de tipo social, religioso y político, vino a ser también entendida por Israel como un elemento y bien capital de su dimensión humana.

10. El propósito de este trabajo quedaría, por lo menos, en suspenso, si silenciara la revelación del Nuevo Testamento; es precisamente aquí donde se percibe definitivamente la maravillosa dimensión de la obra maestra de Dios, el hombre. En efecto, Dios revela en su Hijo Jesucristo lo que el hombre es y al mismo tiempo le ofrece misericordiosamente: las posibilidades para ser realmente hijo de Dios, por la muerte y la resurrección de ese mismo Jesús, en la comunidad cristiana. Con esto estamos afirmando que es justamente el lento proceso de revelación de lo que es la totalidad de la dimensión del hombre deseado por Dios, en la historia de Israel y de la Iglesia primitiva, lo que constituye el centro de todas

las Escrituras. De allí se sigue que es por la claridad de la total dimensión del hombre que Dios está continuamente creando, por donde, a su vez, se nos revela con claridad semejante, lo único que de Dios podemos percibir o experimentar, su acción creadora.

No es menos importante otra conclusión que también se desprende con espontaneidad, a saber, es el proceso de revelación y posibilidad de realización concreta de la dimensión de la totalidad del hombre lo que precisamente constituye el hilo y a la vez el punto de referencia, que permite identificar la verdadera continuidad que existe entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, y es además el soporte esencial de esa dialéctica que funciona largamente en el Antiguo Testamento y tiene su real culminación en el Nuevo, la tensión promesa-cumplimiento.

C) Algunos principios básicos que se deducen de esta percepción de la dimensión del hombre en el Antiguo Testamento

1. La percepción de la dimensión real del hombre (sus elementos constitutivos internos así como el derecho a integrar en su propia dimensión elementos externos) sucede por autoconciencia del hombre mismo. Pero lo que va percibiendo en esa misma autoconciencia también lo va entendiendo como obra inmediata de Yahveh en él y desde el interior de él, es decir, identifica sus aspiraciones y tendencias con las aspiraciones y tendencias inmanentes de Dios en él y sobre él.

2. La medida de la dimensión del hombre es la acción creadora de Dios siempre en marcha y siempre en imprevisible creatividad.

3. Por eso la acción creadora de Dios en el hombre no se mide siempre y de una vez por todas por un mecanismo meramente lógico de principios definitivos o dogmas abstractos, sino principalmente por una debida captación y lectura de las intencionalidades e impulsos de Dios en el mismo hombre, los que a su vez aparecen más claros e inteligibles en las tendencias limpias del hombre; en su afán noble por concretar en cada momento su propia mismidad.

4. Si pues los constitutivos de la dimensión del hombre, que configuran esa mismidad según las Escrituras, no son las de un hombre aislado sino social y decididamente solidario, ello significa que las instituciones comunitarias, según los tiempos y circunstancias, en las cuales se concretiza esa tendencia social y solidaria, son el espacio necesario y único, en el cual es posible realizar la dimensión del hombre.

5. Fácilmente se puede concluir de todo lo expuesto, que lo único que podemos conocer de Dios es lo que de él hasta nosotros está llegando, a saber, el toque continuo de su acción creadora, pero cuando ese toque se convierte en experiencia consciente. Por eso la dimensión del hombre y su percepción en cuanto obra actual de Dios creador se convierten en lugar privilegiado para llegar al conocimiento mismo de Dios, lo cual significa que

de la claridad, con que se entienda la totalidad del hombre y su destino, depende igualmente la claridad de nuestro conocimiento de Dios.

6. Este modo de proceder de Israel, en su afán por descubrir y realizar su propia dimensión, de acuerdo a la voluntad de Dios, es un criterio o serie de criterios normativos, que nos capacitan hoy, en un intento de correspondencia de relaciones, para descubrir adecuadamente y leer proporcionalmente, lo que tiene que ser nuestro hombre actual según la voluntad de Dios.

Conclusión

Ahora salta espontáneamente la pregunta: ¿Cómo es posible iluminar, con estos principios de revelación y por ello normativos, nuestro momento actual, de tal manera que podamos percibir no solo la dimensión, sino también las posibilidades de realización de nuestro hombre latinoamericano según la voluntad de Dios?

Si se es coherente con lo anteriormente expuesto no se trataría simplemente de trasplantar la figura de la dimensión del hombre percibida en forma sucesiva a través de todo el Antiguo Testamento y aún de la Iglesia apostólica y con el fin de calcar sobre ella nuestro hombre latinoamericano y así poder decir que este es nuestro hombre de la voluntad de Dios. Y las razones son claras, la percepción del hombre según la Escritura, particularmente el

Antiguo Testamento, estaría siempre en real dependencia de una experiencia del actuar de Dios. Hemos visto, por otra parte, que el actuar de Dios al crear continuamente al hombre, siempre está en marcha y en imprevisible creatividad según el grado de apertura y oportunidades que el hombre ofrezca ante sea misma acción creadora de Dios. Esto significa que la dimensión del hombre latinoamericano, que Dios desea, es justamente el que de hecho está creando hoy y no ya la dimensión del hombre del Antiguo Testamento que Dios creara en su momento histórico.

Sí, pues, se quiere encontrar la voluntad de Dios sobre el hombre de nuestro medio, sin recurrir a fórmulas fáciles como trasplantar o calcar, es necesario desatar mecanismos que produzcan procesos de captación distinta, del real actuar de Dios en su tarea por crear a nuestro hombre latinoamericano, o más brevemente, es necesario recurrir a la experiencia consciente y distinta, del actuar de Dios.

Por eso los indicadores de la dimensión específica de nuestro hombre latinoamericano los van señalando las tendencias y rumbos de la misma acción creadora de Dios en él y desde el interior de él, que se hacen experimentables y legibles en el urgente y suplicante lenguaje que espresa necesidades concretas de salvación y en las tendencias profundas que desembocan en intentos limpios por materializar una mismidad bien situada y debidamente relacionada.

De allí que la verdadera dimensión del hombre de nuestro tiempo y de nuestro medio, no puede ser sencillamente una imagen prefabricada, que los pastores y evangelizadores se han hecho de antemano,

sino la imagen que Dios mismo de hecho está creando desde el interior del hombre según la apertura y oportunidades que ofrezca a su Creador.♣